DEBATE

Repensar el espacio público

EL ESPACIO PÚBLICO Y LAS PRESENTACIONES DE LIBROS (A propósito de *En busca de un lugar común*, de Nora Rabotnikof)

Néstor García-Canclini
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México

Podríamos ensayar una clasificación borgeana de las presentaciones de libros: *a*) reuniones en que los autores y sus amigos, editores, publicidad y una copa de vino final buscan convencer a posibles lectores de que ya no pueden prescindir de comprar el libro; *b*) un ritual complejo en el que los amigos —ya sea como presentadores o como público— tratan de persuadir al autor de que no está solo y que lo que hizo valió la pena; *c*) mesas redondas en las que no está Carlos Monsiváis; *d*) aglomeración efímera de buscadores de autógrafos y bocadillos gratuitos; *e*) lectura pública de reseñas que luego se publicarán en revistas académicas a fin de sumar puntos para los estímulos; *f*) la única manera de que gente que nunca leerá esas revistas se entere de lo que otros opinan sobre un libro; *g*) mesas redondas en las que sí participa Carlos Monsiváis, y *h*) un encuentro cara a cara con el autor y con la comunidad de lectores que nos sentimos distintos de lo que sucede en las interacciones anónimas de los medios masivos, pero que nos hará sentir frustrados si luego los periódicos y la televisión no hablan del libro y de la mesa redonda.

El libro de Nora Rabotnikof que hoy presentamos casi no se ocupa de estas formas de organización contemporánea del espacio público. Me pregunto, por ejemplo: ¿no será una ceremonia anacrónica la que estamos haciendo aquí esta noche, cuando podríamos chatear con Nora sobre lo que piensa a través de nuestros teléfonos celulares inalámbricos?

En lo que llevo dicho ya se vislumbran las ambivalentes formas en que hoy se concibe lo público. La presentación de un libro pone en escena los tres sentidos del término *público* diferenciados por Nora Rabotnikof: implica incorporar a un uso colectivo, al interés común, la reflexión que hasta ese momento era individual; significa, luego, poner de manifiesto algo que estaba oculto o reservado; en tercer lugar, hacer público es volver accesible para todos, distribuir un saber que no estaba disponible.

Podría detenerme en aquello a lo que la autora dedica más páginas: su relectura de los textos en los que Kant se interroga por la racionalización del poder, funda la reflexión moderna sobre cómo la publicidad (en el sentido de salir a la luz, de dejar de ser secreto) hace el puente entre moral y política, y deja abiertos problemas que nos asedian hasta hoy acerca de si puede formarse una voluntad pública basada en el conocimiento racional de los ciudadanos.

Merecería destacarse, asimismo, la recuperación hecha por Rabotnikof del libro *Crítica y crisis* de Reinhart Koselleck, sin

quedarse en sus objeciones conservadoras a la Ilustración ni en su estatalismo desconfiado hacia lo que podría esperarse de la sociedad civil. Para la historia de la filosofía es valorable el intento koselleckiano de repensar el espacio público no como simple oposición entre el modelo de la guerra y el modelo del diálogo, viendo entre ambos extremos los dilemas de la decisión, la calculabilidad, la necesidad de acción, la previsibilidad y la responsabilidad.

¿Qué procesos históricos pueden ayudarnos a trascender los fracasos de la modernidad? ¿Los casos de Francia y Alemania, la revolución hecha y la revolución pensada, según busca Koselleck, o el proceso inglés, preferido por Habermas, como escenificación del espacio público burgués? El libro que comentamos argumenta incisivamente por qué estos movimientos modernos son más productivos para reelaborar la incierta construcción actual de lo público que la idealización de la vida política griega y el relato desesperanzado del ascenso de lo social y de la economía capitalista que aminoran la obra de Hannah Arendt. Aunque yo no le hubiera concedido 40 páginas del libro a esta filósofa nostálgica, comprendo el interés de Nora por una obra que le sirve para plantear una pregunta clave: qué tipo de comunidad, de relación con los otros, entra en juego en la acción que se despliega en el espacio público.

Los capítulos de más envergadura del libro son los destinados a Habermas, a Luhmann, y a la comparación entre ellos, o sea donde se sigue hasta sus bordes y desgarramientos la trayectoria moderna y nos asomamos a los vértigos posmodernos o hipermodernos. Estamos en el presente, en el que la contingencia social se exaspera, se desdibujan las fronteras entre lo público y lo privado, entre legalidad e ilegalidad. ¿Es posible recuperar el sentido de lo público, o la política se volverá definitivamente un territorio extranjero?

La respuesta a esta pregunta se ha vuelto acuciante en América latina. ¿Para qué pueden servirnos las discusiones filosóficas europeas en estos países donde, dice la autora, «la tensión entre ideal y realidad llega a su punto máximo»? Quiero extenderme en este último asunto.

Rabotnikof advierte sobre tres modos ilusorios de ocuparse, desde nuestros países, de la descomposición de lo público. Uno es denunciar el uso de los ideales europeos como maniobras encubridoras, incapaces de abarcar nuestras propias tradiciones e instituciones. El segundo recurso consiste en exaltar nuestras tradiciones como versiones autóctonas, quizá mejores, de los principios foráneos; ver la democracia ateniense en los *ayllus* quechuas, «la sociedad civil encarnada en cada manifestación de protesta, la expresión legítima de las diferencias en cada expresión corporativa». La última falsa salida es proclamar la validez universal de los valores europeos —la sociedad civil, el Estado de derecho, el público ilustrado—, declarar barbarie los incumplimientos locales de esos principios y precipitarnos en el desencanto.

También en América Latina la tardía aparición de lo público en el pensamiento político va enlazada con el debate sobre la modernidad. «¿Cómo hacer frente a las demandas de sentido generadas por una modernización traumática y excluyente?» La búsqueda desesperada de certezas y las apelaciones al sentido comunitario resbalan en una reflexión donde descubrimos diariamente que «ni el mercado como mecanismo natural ni la nación como comunidad preconstituida logran conjurar el fantasma de la desintegración, ni equilibrar los mecanismos de exclusión socialmente producidos». «La incertidumbre del futuro, la inseguridad personal y colectiva, los riesgos percibidos como peligros cotidianos tornarían más fuerte esa demanda de pertenencia colectiva, esa búsqueda de un lugar común».

Aparecen, entonces, los fundamentalismos comunitarios. Se imagina que el espacio público podría ser un sentimiento ciudadano, una identidad comunitaria, compensatoria frente a la racionalidad técnico-instrumental del mercado y la lógica burocrática. Pasamos de la filosofía política a la magia: el espacio público es pensado a la vez, dice la autora, «como el espacio común y el espacio de aparición».

El libro de Rabotnikof recuerda los diagnósticos de Guillermo O'Donnell, quien analiza el debilitamiento del Estado, la poca efectividad de las relaciones legales y la dificultad de que los ciudadanos, más allá de la participación electoral, creamos que vale la pena acudir al poder público en sociedades donde prevalecen la corrupción, el patrimonialismo y el clientelismo, la violencia privada y los arreglos informales. Desembocamos, así, en la apatía política, en ciudadanías de baja intensidad, y se evapora la dimensión pública de la legalidad. ¿Qué sentido tiene invocar la pertenencia comunitaria?

La autora toma en cuenta los intentos de responder a esta pregunta desde la historia y la antropología. Algunos autores latinoamericanos tratan de explicar nuestra deficitaria vida pública no tanto como mala realización del modelo europeo, sino a partir de relaciones de reciprocidad y lealtad personal, rituales de respeto, otros modos de ver el mundo e instituciones alternativas, con bajo grado de formalización, pero con fuerte arraigo cultural, que componen un orden colectivo diferente, con «una distinción más que brumosa entre lo público y lo privado».

Sin complacencias, Rabotnikof dice: «Las leyes de la casa y de los amigos pueden brindar un extraordinario sentido de pertenencia, de arraigo y de comunidad. No parecen bastar, como forma de socialización, para fundar una ética pública. En esta tercera forma de pensar lo público, el ciudadano no es un personaje ya constituido en busca de un espacio público de expresión, ni tampoco un actor cuyo mapa de orientación se ha visto resquebrajado por la crisis. Es una identidad que se ha de construir a partir de los habitantes de diferentes (y a veces muy inseguros) mundos privados. La cuestión es si esa experiencia privada es o puede ser base única y suficiente de una ética pública».

Este libro siempre sutil no se queda en la crítica a las ingenuidades comunitarias o a quienes se instalan desdichados en el incumplimiento del modelo ilustrado. Deja abierta la pregunta de si «las nuevas (o viejas) identidades ciudadanas» pueden aún encontrar modos de articular el espacio público concebido como espacio comunitario y como búsqueda de una legalidad que, en palabras de Weber, garantice nuestro lugar en el cosmos.

Hay quienes pensamos que existen otras maneras de hacer antropología, no como simple estudio y reivindicación de tradiciones locales ensimismadas sino interrogándonos por su cambio en un tiempo de globalizaciones. No es una simple reubicación voluntarista del proyecto antropológico: corresponde a transformaciones que ya están ocurriendo. Por citar un solo ejemplo, cabe recordar cuánto ha servido para el mantenimiento de las reivindicaciones comunitaristas del zapatismo y de otros movimientos indígenas la solidaridad que piden y obtienen de muchas zonas descontentas del mundo en nombre de la globalización de los derechos humanos. La esfera pública se vuelve últimamente más esfera, más global, no sólo por la mundialización de la economía y las finanzas sino por la globalización de la política y el acercamiento que facilitan las industrias culturales y el ciberespacio.

En este sentido, podríamos ampliar la reflexión de este libro admirable prestando más atención al último Habermas, el que analiza las identidades posnacionales y la configu-

ración de formas mundializadas de ciudadanía. Nora Rabotnikof nos conduce hasta el umbral de esta etapa con una obra que hace un balance lúcido de la herencia ilustrada, discierne las encrucijadas irresueltas del republicanismo liberal y toma en cuenta los fracasos o nudos aún sin desenredar de nuestras versiones o aversiones latinoamericanas. Llega a señalar en las páginas finales que la situación a la que hoy nos confrontan los medios no se deja atrapar bajo la consigna de «nueva feudalización del espacio público» de Habermas, ni como «tecnificación de una política que resulta opaca ante el sentido común», según Arendt, ni como mera manipulación de la opinión pública. Los medios, dice nuestra autora, extienden horizontal y verticalmente el potencial del espacio público: expanden más allá de las sociedades nacionales la comunicación e incorporan a nuevos sectores. Yo agregaría que esta globalización de lo social redefine el ámbito de lo público, el papel de los Estados y las ciudadanías nacionales, escenifica las instancias de decisión económica, política y cultural en circuitos diseminados y no sólo en el territorio de cada nación. Aunque en las agendas político-partidarias todavía se ignore la amplificación mundial de lo público que se reconoce en los textos del último Habermas, de Ulrich Beck, John Keane y algunos latinoamericanos, como Norbert Lechner.

Rogamos al público, a los candidatos a cargos públicos y a sus asesores, que durante unas horas apaguen sus celulares y descubran un libro que razona con admirable claridad los dilemas a los que se confrontan cada vez que discuten un proyecto de ley, apelan a fortalecer el Estado o la sociedad civil, hablan por celular, se arrojan vídeos de escándalos y grabaciones telefónicas, pagan por la propaganda preelectoral y esconden las facturas. No se me ocurre otro libro reciente producido en América Latina que combine tan bien la erudición con la claridad para informar sobre la complejidad filosófica que subyace en nuestras opciones políticas, repensando a la vez sus puntos indecisos.

Ortega y Gasset, ese filósofo conservador que aun cuando escribía era sobre todo un seductor conferencista, dijo que la claridad es la cortesía del filósofo. Sabemos que no siempre la cortesía es una virtud pública. Pero la claridad es una virtud del pensamiento cuando, como en este libro, es resultado de una prosa límpida, atenida al rigor indispensable sin abusar de fórmulas técnicas que promueven el hermetismo. Es una espléndida contribución a la esfera pública en el doble sentido de comunicar elocuentemente una reflexión personal y volver accesible al público el rigor y la innovación de un saber especializado.

EL HILO DE ARIADNA PARA SALIR DEL LABERINTO CONCEPTUAL SOBRE EL ESPACIO PÚBLICO

Carlos Pereda
Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM, México

Estamos ante un libro importante que, con inteligencia, erudición y lucidez (la buena mezcla), después de repasar el programa acerca de lo público en Kant, se estructura, por un lado, en la discusión de cuatro autores contemporáneos —Koselleck, Arendt,